

FILOSOFÍA DE LA CRISIS

CRISTÓBAL ARTETA RIPOLL*

RESUMEN

Frente a la crisis actual, ¿no sería acaso mejor que las grandes potencias y las economías emergentes, en el marco de las diferencias y las dificultades presentes, adopten de verdad, sin las mentiras de siempre, estrategias que conduzcan a la coexistencia pacífica de modelos que emulen en un nuevo orden mundial donde la justicia y la libertad dejen de ser simples ideales en la cabeza de pocos para convertirse en realidades radicales de la vida? Es posible esto sea solo una utopía, pero vale la pena soñar.

Palabras clave

Capitalismo, Crisis, Potencias, Imperialismo, Nuevo orden mundial.

ABSTRACT

Facing the current crisis, wouldn't it be better that the mayor world powers and emergent economies, in the context of the differences and present difficulties, take the real strategies, without the same lies, that lead to peacefull coexistence of models that imitate a new world order, where the justice and freedom stop been simple ideals in the minds of a few to become the radical realities of life? It is posible that it may be utopian, but worth dreaming.

Key words

Capitalism, Crisis, World powers, Imperialism, New world order.

* Docente Universidad del Atlántico, Universidad Libre - seccional Barranquilla. Director Grupo de investigaciones Amauta. Categoría B Colciencias. cristobalarteta@yahoo.es

La crisis que hoy vive el mundo capitalista no es nueva. El sistema capitalista surgió en crisis y hasta el final de su existencia vivirá en crisis. La gran diferencia frente a otros sistemas de producción que le antecedieron es la inmensa capacidad de recomposición que tiene. Pero sus crisis son permanentes, cíclicas y larvadas. Mientras sus líderes tengan salud mental y estén en condiciones de recetar los medicamentos apropiados para superar sus males, este sistema sobrevivirá. ¿Pero hasta cuándo? ¿Es eterno como lo pregonara Francis Fukuyama, en el Fin de la historia? No, todo tiene su final. Desde Heráclito, el hilo conductor de los grandes momentos lógico-dialécticos que incluye a Hegel, pasa por Marx y llega hasta las nuevas experiencias del desarrollo teórico-práctico que indica que todo perece, nada permanece y el capitalismo, por lo tanto, no será la excepción.

En el esquema de Marx se concibe el período de transición como resultado de “la transformación explosiva del sistema capitalista destrozado por sus propias contradicciones”. Afirmaba que solo agotadas todas las posibilidades de su desarrollo y la imposibilidad de nuevas soluciones puede saltar el sistema, siempre y cuando se desencadenen los movimientos de liberación destinados a derrotar regímenes neocoloniales. Pero, al mismo tiempo, en el planteamiento marxista es imprescindible que los contenidos de la conciencia del pueblo sean suficientes y capaces de darle orientación

y sentido a sus luchas para que ellas no se extravíen del camino y terminen en las desviaciones de la política: terrorismo y anarquismo¹.

Pero, particularmente, no estoy convencido que al capitalismo se le avecinan sus días definitivos. Su capacidad para reconstruir sus maltrechas estructuras, después de sus crisis, no deja dudas que tendremos capitalismo para rato. Pueden fracasar sus modelos, como ya ha ocurrido en otras épocas y como está sucediendo con el actual modelo neoliberal. Pero como sistema es capaz de reconstruirse.

Producto de la crisis actual los ciclos recesivos que se avecinan, dicen algunos analistas, serán de proporciones históricas y sus funestas consecuencias se harán sentir en el mundo entero. Ya se están sintiendo. Pero, repito, el peor daño que se pueden hacer moralmente quienes sueñan con su destrucción es que esta se encuentra a la vuelta de la esquina. Pasarán años y tal vez siglos antes de que ello ocurra. Ya muchos de sus grandes teóricos y líderes han afirmado la necesidad de revisar las políticas frente a la globalización, el neoliberalismo y la actual arquitectura del capital financiero. Se trata de refundar, dicen, el capitalismo con una nueva doctrina económica y un nuevo sistema de reglas que corrijan los excesos y desviaciones del

1. Ver: *La crisis del capitalismo*. Textos de Karl Marx. Introducción de Daniel Bensaid. Madrid: Edit. Sequitur. 2009.

libre juego del mercado.

Otra cosa muy distinta es creer que con todas las medidas que se anuncian para la superación de la crisis se acabarán el individualismo y la codicia voraz e insaciable de banqueros y financistas. La crisis es estructural y la moral utilitarista e individualista le pertenece por igual a todos los componentes del gran capital: industriales, comerciantes, hacendados capitalistas, capital transnacional, etc. Por eso, los anuncios de un segundo Bretton Wood, que será discutido por los países más industrializados del mundo y por las potencias emergentes, podrán paliar la crisis y resolver de momento las contradicciones, pero más tarde que temprano volverán a estallar sin contemplaciones. Ese es el capitalismo. Ya en el año de 1944 como respuesta económica a la crisis de la Segunda Guerra Mundial se creó el FMI y el BM. ¿Qué pasará con estos organismos de control y dominio mundial? Acabarse imposible, pero la mal llamada refundación de seguro que también los tocará.

El destino del capitalismo

Repetimos, que no están agotadas las posibilidades de nuevos impulsos vitales para el Sistema Capitalista en el mundo, a pesar de sus crisis permanentes, porque si algo profundo caracteriza a este sistema es su gran capacidad para recomponer sus maltruchas estructuras después que aquellas acontecen.

Para los grandes defensores y teóricos del sistema son parte de su dinámica natural y superables en el tiempo. Ninguna de sus crisis, por muy catastróficas que sean acabará con su estructura, a lo sumo, la debilitará pero luego dará paso a mayores bríos del capital y más vertiginosos desarrollos de sus fuerzas productivas.

Es una concepción que hunde sus raíces en la idea filosófica de que la civilización capitalista presente en el mundo, desde hace siglos, es la última y más grande realización en la historia de la razón. Ni siquiera filósofos como Hegel escaparon a la tentación de considerar que con el capitalismo se alcanzaba la plena realización del espíritu universal en su desarrollo dialéctico. Es decir, se trataba nada más y nada menos del convencimiento de que en adelante no conoceríamos de la existencia de otro sistema distinto al sistema dominante.

Quienes están completamente convencidos de esas afirmaciones y actúan en correspondencia con tales postulados, tienen la tendencia histórica a solucionar las crisis a través del consenso y la concertación. Saben que las grandes confrontaciones pueden traer desequilibrios con consecuencias inesperadas para la humanidad. Son los pacifistas antiguerra del sistema. Pero hay quienes por el contrario, tienen claro que el destino del capitalismo es su desaparición y no hay que esperar que llegue el día para prepararse y evitarlo. Estos son,

por lo tanto, los más rabiosos defensores y pregoneros de cuanta guerra sea necesaria para librarse de los peligros que puedan poner en riesgo su funcionamiento y existencia. Son los atizadores y guerreristas con carácter permanente, a quienes nada les importa lo que ocurra con el destino de la humanidad. Saben que si durante la Primera Guerra Mundial, en un enfrentamiento que apenas incluyó a 27 países, murieron más de 10 millones de seres humanos, una nueva conflagración mundial pondría en peligro la vida en la tierra. Pero ello no les importa, por eso la provocan a cada instante.

Las grandes salidas a la crisis que hoy vive el mundo capitalista, podríamos decir, tienen conexión lógica con las perspectivas teóricas anteriores. En las primeras de cambio, como está ocurriendo, es de esperar que las grandes y emergentes potencias coincidan en las medidas que se han venido adoptando y en las que se adoptarán en el futuro inmediato. Pero más allá de las apariencias formales se esconden políticas y estrategias de hondo contenido, son las soluciones con medidas de fuerza, que solo se discuten en cenáculos cerrados y que luego se aplican sin importarles para nada el consenso que tanto les entusiasma hoy. ¿En cuántas reuniones de la Organización de las Naciones Unidas y otros organismos multilaterales no se han acordado decisiones que luego los poderosos las desconocen? Cuando fue elegido el presidente

Obama nos preguntamos: ¿Será que con su presencia en la presidencia de los Estados Unidos, algún día este país respeta las decisiones de la ONU de aprobar el desbloqueo a la economía cubana? En su momento decíamos: amanecerá y veremos, porque ya experiencias históricas anteriores habían golpeado las ilusiones de ese pueblo y del mundo solidario con su revolución. Además, enfatizábamos que la llegada por primera vez en la historia de un afrodescendiente a la presidencia de un país racista debería ameritar un análisis especial y de mayores proporciones, de tal manera, que eliminara las simplezas. Sobre todo, que tuviera en cuenta que una cosa es la perspectiva de la llegada a la presidencia con la carga de demagogia y mentiras que ella arrastra, y, otra muy distinta, la victoria presidencial en el marco de un Estado en manos del capital transnacional, de los organismos multinacionales que tienen su centro de poder en ese país y del poder militar más poderoso del mundo.

Los hechos han sido tozudos y han mostrado que no nos equivocábamos. *Ad portas* de terminar su primer mandato y aspirar al segundo en el año 2012, la presidencia de Barack Obama sigue demostrando que su vocación imperial prima sobre los intereses de la libertad y la independencia en el mundo.

Frente a la crisis actual, ¿no sería acaso mejor que las grandes potencias y

las economías emergentes, en el marco de las diferencias y las dificultades presentes, adopten de verdad, sin las mentiras de siempre, estrategias que conduzcan a la coexistencia pacífica de modelos que emulen en un nuevo orden mundial donde la justicia y la libertad dejen de ser simples ideales en la cabeza de pocos para convertirse en realidades radicales de la vida? Es posible que sea solo una utopía, pero soñar vale la pena.

La política guerrerista

La victoria de Barack Obama, el 4 de diciembre de 2008, como el Presidente número 44 de los Estados Unidos, ha dado mucho de qué hablar. No solo por ser el primer afrodescendiente elegido para el más alto cargo de ese país, igualmente, porque su llegada coincidió con varios hechos de gran significación universal:

1. La crisis del capitalismo, con proyecciones en perspectivas más profundas que las de 1929, cuyos efectos ya comienzan a sentirse con vigor no solo en los sectores más pobres de la tierra, igualmente, en el creciente deterioro de la clase media en el interior y exterior de Norteamérica;
2. El desgaste de la política guerrerista del coloso del Norte que tiene su más clara expresión en el fracaso de la guerra contra Irak y Afganistán, tal como ya había sucedido en Vietnam en los años 66 y 67 del pasado siglo. La guerra contra

Libia ha arrastrado el régimen de Gadafi, pero no garantiza un futuro cierto a la estabilidad y a la hegemonía en la región;

3. La perspectiva de profundización de los procesos de cambio que viven los países de América Latina, ayer dóciles al imperio y hoy firmes en su propósito de no retroceder en la necesidad de avanzar;
4. El fuerte desarrollo de economías emergentes como las de Brasil, China e India que compiten en el mundo por los mercados, ayer dominados por los vecinos del Norte, y, el reimpulso soviético que pone sobre el tapete una nueva época de guerra fría o algo que se le parezca.

En medio de ese marco de dificultades, creo que se desvanecen las opiniones de algunos analistas optimistas, quienes al hablar de la dimensión histórica y del profundo significado del triunfo de Obama consideraban que marcaba el fin de más de 30 años de desregulación económica, la superación del ilimitado papel del mercado en las relaciones comerciales y del limitado papel del mismo en los asuntos financieros. Igualmente, de quienes eran más contundentes en su optimismo cuando afirmaban que Obama pondría fin a la defensa de la democracia por la fuerza e inauguraría el advenimiento de nuevos tiempos económicos, políticos, sociales e ideológicos en el mundo.

Es fácil hoy dimensionar la estatura

intelectual y los logros de personajes tan contradictorios en sus ideas como Franklin Delano Roosevelt y Fidel Castro Rus. A pesar de las distancias en el tiempo y en sus ideologías, uno y otro, ello es indudable, han marcado hitos históricos de difícil superación. Pero es muy atrevido lanzar juicios categóricos sobre quienes apenas se proyectan en sus intenciones, dando por sentado lo que aún no han conseguido, sin analizar el contexto, sus realizaciones y logros no solo en el plano material, especialmente en el plano ético, justo allí, en donde la reflexión teórica se puede nutrir de las prácticas y comportamientos de la persona como político, profesional, dirigente gremial y gobernante.

Desde mi perspectiva, es necesario “dirigir con más ahínco los sentidos hacia la verdad no importa cuán abstracta sea”², sobre todo teniendo en cuenta que se hace cada día más esquivada por la innumerable cantidad de intereses que entran en juego cuando se intenta aprehenderla con la razón.

Cuánto deseáramos que después de Obama el mundo sea otro. Cuánto nos entusiasma la idea de que no sea “la razón de la fuerza sino la fuerza de la razón” la que se imponga en el universo en el marco de unas relaciones cada día más conflictivas y complejas. Cuánto nos agradaría que la arbitrariedad y el salvajismo neoliberal en el

universo den paso a relaciones humanas más dignas y justas. Cuánta satisfacción no generaría en la humanidad el día en que definitivamente salgan las fuerzas imperiales de Irak. Cuánto nos llenaría de orgullo saber algún día que Norteamérica acepta la construcción de un mundo multipolar y lo estimula para bien de la paz mundial. Y sobre todo, estar convencidos que nuestros vecinos del Norte no obstaculizan, como lo vienen haciendo, el gran sueño de Bolívar: la unión fuerte de los países del Sur.

Si la razón fuese capaz de captar la verdad al margen de la realidad como pensaron los racionalistas puros, entonces la única dificultad radicaría en ponerla a funcionar correctamente. Pero no; ella requiere de la experiencia para su funcionamiento pleno y lleno de resultados incuestionables. En el caso que ha ocupado nuestro análisis, los hechos son muy tozudos y no permiten crearnos mayores expectativas optimistas.

Tal es el caso del reciente ataque con misiles y bombas contra Libia por parte de Estados Unidos y sus aliados de la OTAN, con la anuencia del Consejo de Seguridad de la ONU. Ataque violatorio de la soberanía de esa nación y un acto criminal contra su población, para destruir su sistema de defensa, su infraestructura vial, sus comunicaciones, viviendas y edificios públicos, tumbar el gobierno de Gaddafi y asesinarlo, como efectivamente ocurrió. Se trata de una calculada

2. Nietzsche, Friedrich (1982). Más allá del bien y del mal. Madrid: Ed. EDAF. aforismo 128.

intervención militar conspirativa que desfavorece los intereses económicos de Estados Unidos y sus aliados de la Unión Europea, para quienes es estratégico controlar el millón y medio de barriles diarios de crudo liviano que produce Libia, y, posicionarse en un área de enorme interés geopolítico para el control del mar Mediterráneo y regiones adyacentes.

Referencias bibliográficas

Habermas, Jürgen (1995). *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*. Buenos Aires: Amorrortu.

Marx, Karl (2009). *La crisis del capitalismo*. Textos. Introducción de Daniel Bensaid. Madrid: Edit. Sequitur.

Russell, Bertrand (1982). *La perspectiva científica*. Barcelona: Editorial Ariel.

Webber, Max (2006). *El político y el científico*. Barcelona: Alianza Editorial.

